

CAPÍTULO XX

Lo que iba á hacer el beccaio en la vía dei
Sospiri dell' Abisso

La *vía dei Sospiri dell' Abisso* daba por una parte al muelle de la Calle Nueva y por otra al Mercado Viejo, sitio en que se acostumbraba ajusticiar.

En un casa cuya puerta era bajísima, como la de una caverna, hablaban dos hombres sentados á una mesa, en la que había un frasco y dos vasos.

Uno de esos hombres nos es completamente desconocido : el otro era Basso Tomeo, el pescador de Margellina, el padre de Assunta y de los tres tagarotes á quienes vimos sacar la red el día de la pesca milagrosa, que fué el postrero de los dos hermanos della Torre.

Al sacar las redes de su padre, Giovanni, el menor de sus hijos, había fijado su vista en la ventana baja de una casa en que forman ángulo las calles Nueva y de los Suspiros del Abismo : en

aquella ventana había una joven de la que quedó prendado : llamábase Marina, como si su nombre la predestinase á ser esposa de un pescador.

Informóse á quién pertenecía aquella casa, quién era aquella flor nacida y abierta en las playas de la mar, y supo que la casa y la niña eran de maese Donato, el verdugo de Nápoles.

Aunque los pueblos meridionales y principalmente el napolitano, no tienen hacia el verdugo la repulsión que inspira á los del Norte, la noticia no fué muy del agrado de Giovanni, y su primer pensamiento fué renunciar á la hermosa Marina, lo cual no era muy difícil, pues los jóvenes ni se habían mirado ni sonreído : con no volver á pasar por delante de su casa estaba todo hecho.

Así lo hizo durante ocho días, pero al noveno, no pudo resistir, y pasó ; pero al pasar volvió la cabeza hacia el mar, un poco tarde, pues el rayo visual había encontrado el rostro de la doncella, envuelto, al parecer, en una nube de tristeza que aumentaba su belleza ; Giovanni se quedó clavado en el sitio y luego dió media vuelta creyendo haber olvidado, yo no sé qué ni él tampoco lo sabía, de modo que al desandar lo andado, se halló frente á frente con la que no quería volver á mirar, y esta vez las miradas de los dos jóvenes se

cruzaron y se dijeron con el lenguaje rápido y expresivo de los ojos, lo que hubieran podido decir sus palabras.

Desde aquel momento el amor echó raíces en el corazón de Giovanni, y como Marina era bella y casta, un día abrió aquél su pecho á su padre manifestándole que no había para él dicha en el mundo sin la mano de la hechicera Marina.

Con grande asombro de Giovanni, no vió el anciano Basso Tomeo dificultad insuperable á semejante enlace. El pescador de Margellina era gran filósofo, y la misma razón que tuvo para negar su hija á Miguel, le impulsó á presentar su hijo á Marina.

Era notorio que Miguel no tenía un cuarto, mientras maese Donato, con su oficio, excepcional ciertamente y por lo mismo más lucrativo, debía tener la bolsa bien repleta. Y el anciano pescador tuvo una entrevista con maese Donato.

Aunque hermosa, Marina, como hija del verdugo, era al fin y al cabo muchacha de difícil colocación; así es que maese Donato abrió ojos tamaños á las proposiciones de Basso Tomeo; pero éste, con la franqueza que le honraba, confesó que el oficio de pescador era insuficiente á sostener la familia, y que él no podía dar ni un triste ducado á su hijo.

Era por lo tanto forzoso que maese Donato dotase á los dos jóvenes, lo cual era tanto más fácil cuanto á su sueldo fijo de quinientos ducados reunía otros ocho por cada ejecución, y en aquellos tiempos propicios podía en pocos meses lograr una fortuna colosal.

Ante perspectiva de trabajo tan lucrativo, prometió dar á Marina un dote de trescientos ducados; mas no pudiéndolos dar á la sazón de sus ahorros, aplazó la boda para dentro de cuatro meses, contando con que la revolución le daría cuando menos una ejecución cada quince días.

Desgraciadamente la revolución de Nápoles había tomado un sesgo filantrópico; viendo fallidos sus cálculos, se hacía tirar de la oreja para consentir en el enlace de Giovanni y Marina, por no desembolsar el prometido dote.

Por eso le vemos hoy sentado á la mesa con Basso Tomeo.

— ¿Comprendéis, campadre Tomeo? Cuando vino la revolución pregunté á personas instruídas qué cosa era la república, y me respondieron que era un sistema político en que la mitad de los ciudadanos corta el pescuezo á la otra mitad: entonces dije para mi sayo: lo que voy á ganar

no es trescientos ducados, sino mil, cinco mil, diez mil, una fortuna.

— Era de suponer así. Me han asegurado que en Francia, un ciudadano llamado Marat pedía tres mil cabezas en cada número de su periódico. Verdad es que no se las dieron todas, pero al fin tuvo unas cuantas.

— Pues bien, en los cinco meses que ha durado nuestra revolución no hemos visto ni un Marat siquiera, sino Pero Cirillos, Paganos, Lauberts y Manthonnets de sobra; es decir, filántropos que se desgañitaban gritando desde las azoteas: « ¡No se toque al pelo de un individuo! ¡Respeto á la propiedad! »

— No me habléis de eso, compadre, dijo Basso Tomeo encogiéndose de hombros: eso no se ha visto jamás. Y así, ¿qué es lo que han conseguido esos señores patriotas? Bien merecido se lo tienen.

— En términos que cuando vi que se ahorcaba en Prócida y en Ischia hice mi reclamación. Yo debo estar dondequiera que ahorquen: pues ¿sabéis lo que me respondieron?

— No.

— Que en las islas no se ahorcaba por cuenta de la república, sino por cuenta del rey; que éste

había enviado á Palermo juez para condenar, y que los ingleses habían proporcionado el verdugo que ahorcase. ¡Un verdugo inglés! ¡Tendría curiosidad de saber cómo lo hace! En fin, aun me quedaba una esperanza. En las cárceles del Castillo Nuevo había dos conspiradores que no me podían escapar, habiendo confesado de plano su crimen.

— ¿Los Backer?

— Justamente. « Veinte ducados tenemos, decía yo, amén de sus vestidos » que como ricos, aunque judíos, debían tener su precio. Pues no; ¿sabéis lo que hacen?

— Los fusilan: yo mismo lo he visto.

— ¡Fusilar! ¿Cuándo se ha visto fusilar en Nápoles? Y todo por ahorrarse veinte ducados en detrimento de un pobre diablo. ¿Queréis que sea franco, compadre? Un gobierno que no ahorca y que fusila no puede ser estable. Y sino ved cómo zurrán en estos momentos nuestros lazzaronis á vuestros patriotas.

— ¡Mis patriotas, compadre! Nunca lo han sido. Ni sabía siquiera lo que era un patriota y se lo pregunté á fray Pacífico, quien me respondió que era un jacobino: preguntéle entonces también qué cosa era un jacobino, y me contestó que un patriota, esto es, un hombre que ha come-

tido toda clase de crímenes y que sería condenado.

— Y entretanto ¿qué hacemos con nuestros pobres hijos?

— ¿Qué queréis, amigo Tomeo? Yo no puedo sacarme la sangre de las venas por ellos: que esperen: también espero yo. Quizás si el rey vuelve cambiarán las cosas y tendré que ahorcar, continuó maese Donato, gesticulando una sonrisa, hasta vuestro yerno Miguel.

— Miguel no es mi yerno. Lo solicitó y me opuse.

— Sí, cuando era pobre; pero ahora que es rico no ha vuelto á hablar de matrimonio.

— Verdad. ¡El bandido! Y el día que le ahorquéis yo tiraré de la cuerda, y si necesario fuese, también mis tres hijos.

En aquel mismo instante se abrió la puerta de aquella especie de sótano y apareció á la vista de los dos amigos el *beccaio*, sacudiendo su ensangrentada mano.

Maese Donato le conocía mucho por ser su vecino, y al verle, llamó á su hija para que trajese un vaso.

Presentóse bella y graciosa como una visión. Podría preguntarse uno cómo tan gaya flor podía brotar en aquel cenagal.

— Gracias, gracias, dijo el *beccaio*. No se trata de

beber ahora, ni aun á la salud del rey, maese Donato, sino de que vengáis á ahorcar á un rebelde.

— ¿Ahorcar á un rebelde? dijo maese Donato. ¡Que me place!

— Y un verdadero rebelde, y sino preguntádselo á Pascuale de Simone. Juntos tuvimos el encargo de matarle y salimos burlados como unos tontos.

— ¡Ah! ya, exclamó maese Donato, ¿y él no lo fué? porque presumo que fué el que te pintó ese sobierbo chirlo en la cara.

— Y el que me cortó esta mano, repuso el *beccaio*, enseñando sus dedos mutilados y ensangrentados.

— ¡Eh! vecino, dijo maese Donato, dejadme vendaros eso: ya sabéis que nosotros somos algo cirujanos.

— No, ¡sangre de Cristo! no, dijo el *beccaio*. Cuando haya muerto, corriente; pero mientras viva, sangra, mano, sangra. Venid, maestro, que nos aguardan.

— ¿Me aguardan? Bueno; pero, ¿quién paga?

— Yo.

— Eso lo dices porque está vivo, ¿y cuando esté ahorcado?

— Estamos á un paso de la tienda: nos detendremos en ella y os pagaré los diez ducados.

— ¡Hum! dijo maese Donato, diez ducados valen

las ejecuciones legales; pero las ilegales veinte, y aun no sé si será prudente arriesgarme.

—Serán veinte, pero despachad; porque si no le ahorcáis vos le ahorcaré yo, y habré ganado veinte ducados.

Maese Donato reflexionó en efecto que no era tan difícil ahorcar á un hombre cuando tantos se ahorcan ellos mismos, y temiendo perder aquella fortuna:

— Bueno, dijo, no quiero desagradar á un vecino.

Y cogió las cuerdas que tenia colgadas en la pared.

—¿Qué hacéis? preguntó el *beccaio*.

— Tomar mis instrumentos.

—¿Cuerdas? allá tenemos.

— Pero no están preparadas: cuanto más usada resbala mejor y el paciente sufre menos.

—¿Os chanceáis? exclamó el *beccaio*. Lo que yo quiero es que sufra. Una cuerda nueva, diablo, una cuerda nueva.

En fin, dijo maese Donato con siniestra sonrisa, á vuestro gusto, pues que pagáis. Hasta más ver, tío Tomeo.

— Hasta más ver, respondió el viejo pescador, y buen ánimo, compadre. Antójaseme que se os viene la caza á las manos.

Y luego añadió para sí:

— Legal ó ilegal poco importa, son veinte ducados á cuenta de la dote.

Fuéronse pues á casa del *beccaio*, quien sacó de un cajón los veinte ducados, é iba ya á dárselos, cuando recapacitándolo mejor:

— Ahí van diez ducados, le dijo, el resto después de la ejecución.

—¿La ejecución de quién? preguntó la mujer del *beccaio* saliendo del cuarto del fondo.

— Si te lo preguntan, dirás que nunca lo has sabido ó que lo has olvidado.

Apercibiendo entonces la mano mutilada de su marido.

—¡ Jesús! dijo; ¿qué es eso?

— Nada.

—¿Cómo nada? ¿llamas nada á tres dedos de menos?

—¡ Bueno! dijo el *beccaio*: si hiciera viento ya estaría seco. Venid, maestro.

Y salió de la tienda en compañía del verdugo, y llegaron á la calle de Lavinago, con tan acelerado paso que maese Donato podía á duras penas seguirle.

Cuando volvió el *beccaio*, todo se hallaba en el mismo estado que cuando salió. El preso, tendido

en la mesa, insultado y maltratado por los lazzaronis, yacía en la inmovilidad más completa, necesitando tanta fuerza moral como física para soportar los improperios y los golpes. Al ver llegar al carnicero y al verdugo, todos exclamaron con júbilo: «¡El verdugo! ¡el verdugo!»

Salvato, á pesar de su valor, no pudo menos de estremecerse al oír el clamoreo, comprendiéndolo todo; pero reflexionó que muriendo á manos del verdugo, su muerte sería pronta y menos dolorosa, y sus párpados entreabiertos volvieron á cerrarse, sin que nadie hubiese notado la menor alteración en su impasibilidad.

El *beccaió* se le acercó, y señalándole á maese Donato:

— Ahí tenéis á vuestro hombre, dijo.

Maese Donato miró en derredor para ver dónde podía ponerse la horca; pero el *beccaió* le indicó la argolla y la cuerda.

— Vuestro trabajo está preparado de antemano, le dijo: sin embargo, no os deis prisa, tenéis tiempo.

Maese Donato se subió á la mesa, pero sin tocar el cuerpo de Salvato, y puesto de pie en una silla, se aseguró si la argolla estaba bien puesta y el nudo corredizo bien hecho; éste no jugaba. Encogióse de hombros murmurando de los que se entrometen

en lo que no saben, y volvió á hacer el nudo.

En tanto insultaban cuanto podían al prisionero, mudo siempre é inmóvil como un cadáver.

El reloj dió las siete.

— Cuenta ahora los minutos, dijo el carnicero á Salvato, porque ya no volverás á contar las horas.

Aún no había anochecido; pero con las casas altas de Nápoles, en las calles estrechas reina la obscuridad antes de ponerse el sol, y se veía ya confusamente en aquel comedor en que se preparaba un espectáculo que todos deseaban ver. Varias voces gritaron:

— ¡Teas! ¡teas!

Raro era que en una reunión de seis lazzaronis no hubiera alguno que tuviese alguna tea, pues el incendio era una de las recomendaciones hechas por el cardenal á nombre de San Antonio, y como en la estancia había más de cuarenta lazzaronis al punto aparecieron siete ú ocho teas.

Á su luz fúnebre y humeante que vacilaba entre las sombras, las fisonomías de aquellos hombres de sangre y de robo tenían una expresión más siniestra todavía.

En tanto, el nudo corredizo estaba listo y la cuerda esperaba el pescuezo del condenado. El verdugo puso una rodilla en tierra cerca del pa-

ciente, y ya fuese por compasión, ya por conciencia de su oficio :

— ¿ Sabéis que podéis pedir un sacerdote, le dijo, y que nadie tiene derecho de negárosle ?

Al oír estas primeras expresiones de simpatía desde que cayó en manos de los lazzaronis, Salvato rompió el silencio.

— Gracias, amigo, dijo sonriendo al verdugo : soy soldado y por lo mismo estoy siempre dispuesto á morir : soy honrado y por lo tanto estoy siempre pronto á comparecer ante Dios.

— ¿ Cuánto tiempo queréis para hacer vuestra última plegaria ? Á fe de Donato le tendréis ó no seré yo quien os ahorque.

— He tenido tiempo de hacerla mientras estuve tendido en la mesa, dijo Salvato. Así, amigo mío, si tenéis prisa yo no os causaré retraso.

No estaba hecho maese Donato á tanta cortesía por parte de la gente con quien tenía que habérselas ; así es que, aunque verdugo, y quizás por eso mismo, se sintió hondamente conmovido.

Acercóse á su oído un momento.

— Creo, dijo, que hay preocupaciones contra los que ejercen nuestro oficio, y ciertas personas delicadas no quieren que las toquemos nosotros. ¿ Deseáis soltar vuestra corbata y bajar vos mismo el

cuello de la camisa, ó preferís que os haga este postrer servicio ?

— No tengo preocupaciones, respondió Salvato, y no sólo valéis por mí lo que otro hombre, sino que os agradezco cuanto hacéis en mi obsequio, y si tuviese libre mi mano sería para estrechar la vuestra antes de morir.

— ¡ Por la sangre de Cristo ! me la estrecharéis, dijo maese Donato, disponiéndose á soltar las cuerdas que sujetaban las muñecas de Salvato : será un buen recuerdo para el resto de mi vida.

— ¡ Ah ! ¡ Así ganáis vos el dinero ! exclamó el *beccaio* furibundo al ver que Salvato iba á morir tan impasible á manos del verdugo, como podría á la de otro hombre cualquiera. Si así es, no necesito de vos.

Y empujando á maese Donato fuera de la plataforma que representaba la mesa, ocupó su puesto.

— ¡ Soltar la corbata ! ¡ bajar el cuello de la camisa ! dijo el *beccaio*, ¿ y para qué ? No, no, amigo mío, no gastaremos tantas ceremonias con vos ; ni necesitáis sacerdote, ni plegarias ; tanto mejor ; así acabaremos más pronto.

Y levantando por el cabello la cabeza de Salvato le puso al pescuezo el nudo corredizo.

Salvato había vuelto á su impasibilidad primera.

Sin embargo, si alguien hubiese podido ver su semblante hundido en la sombra, habría reconocido, por sus párpados entreabiertos y por su pescuezo levemente inclinado hacia la ventana, que llamaba su atención cierto rumor exterior que, preocupados con su víctima, no había apercibido ninguno de los asistentes.

En efecto, algunos lazzaronis que se habían quedado en el patio entraron de repente gritando: « ¡ Á las armas! ¡ á las armas! » al mismo tiempo que una descarga de mosquetería hacia saltar en mil pedazos los cristales de las ventanas, y derribaba al *beccaio* sobre el prisionero y exhalando una tremenda blasfemia.

La más horrible confusión sucedió á la descarga, que había herido á cinco ó seis hombres y roto al *beccaio* la cadera. En seguida penetró por las ventanas gente armada, á cuyo frente se hallaba Miguel, cuya voz dominaba al tumulto.

— ¿ Llegamos á tiempo, general? Decid si vivís: si estáis muerto, por la sangre de Nuestra Señora del Carmen, no saldrá con vida ni uno solo de los que aquí se encuentran.

— Tranquilízate, mi buen Miguel, respondió Salvato con voz serena; estoy vivo y muy vivo.

En efecto, al caer sobre él el *beccaio* le había pre-

servado de las balas; y además, fuerza es decirlo en honor de maese Donato: éste, en menos de un segundo había tirado hacia sí á Salvato, soltándole las manos, y entregándole á todo evento un puñal.

Salvato dió un salto atrás, y respaldándose contra la pared, se disponía ya á vender cara su vida caso de que la refriega se prolongase ó si la victoria no favorecía á sus libertadores. Desde allí, con mirada ardiente, la mano replegada sobre el pecho, y recogido el cuerpo como un tigre pronto á lanzarse sobre su presa, había contestado á Miguel, tranquilizándole con sus respuestas.

Pero la victoria no estuvo dudosa un instante: los lazzaronis arrojando al suelo las teas se pusieron en precipitada fuga y al cabo de cinco minutos sólo quedaban en la estancia los muertos y heridos, el joven oficial, maese Donato, Miguel, Pagliucchella, su fiel teniente y unos treinta hombres que los dos lazzaronis habían logrado reunir al saber que el *beccaio* había preso á Salvato, adivinando la suerte que le estaba reservada. En medio del desorden general, Miguel había podido llegar á la casa en que le dijeron que Salvato estaba preso, y encaramándose en los muebles destrozados, pudo ver por las ventanas del entresuelo que el *beccaio* pasaba el

lazo al pescuezo de Salvato, y sin vacilar mandó hacer fuego al carnicero, gritando :

— ¡ Favor al general Salvato !

Y se lanzó á la cabeza de los suyos por las ventanas. Una vez dentro, cogió Miguel del suelo una tea encendida y agitándola en todas direcciones, se hizo cargo de cuanto le rodeaba. Había en la sala dos ó tres cadáveres, algunos heridos, y por último, Salvato apoyado contra la pared con un puñal en la mano, y protegiendo con su brazo izquierdo á un hombre que, con grande asombro suyo, reconoció : era maese Donato.

Á pesar de la inteligencia característica de Miguel, le fué difícil comprender cómo Salvato, que tres minutos antes tenía la cuerda al pescuezo y atadas las manos, se hallaba libre y armado de un cuchillo : ni cómo el verdugo, que sólo podía estar allí para ahorcar á Salvato, estaba bajo la protección de éste.

Súpolo Miguel en dos palabras, pero sólo después de haberse arrojado Salvato en sus brazos. Era el desquite del Largo delle Pigne, donde Salvato libertó á Miguel, que iba á ser fusilado.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! ¡ ah ! exclamó Miguel al saber por boca del mismo maese Donato, por qué motivo se encontraba allí. No se ha de decir, compadre, que

os han molestado en balde ; pero en vez de ahorcar á un hombre honrado, á un valiente oficial, ahorcaréis á un miserable asesino, á un bandolero.

— Coronel Miguel, respondió maese Donato, no me negaré á vuestro deseo, como tampoco me negué al del *beccaio*, y os confieso que ahorraré con menos pena al *beccaio*, que á este valeroso militar ; pero como ante todo soy hombre honrado, como he recibido diez ducados del *beccaio* por ahorcar á ese joven, sed todos testigos de que se los devuelvo.

Y sacándolos de su bolsillo, los arrojó sobre la mesa en que estaba tendido el herido carnicero.

— Ahora, añadió, dirigiéndose á Salvato, estoy pronto á obedecer las órdenes de Vuestra Señoría.

Y cogiendo la cuerda que antes tuvo Salvato en torno de su pescuezo, se disponía á echarla al del *beccaio*, á la más leve señal de Salvato. Éste abarcó con su mirada á todos los asistentes, amigos y enemigos, diciendo :

— ¿ Me corresponde dar órdenes aquí ? ¿ Y si las doy serán obedecidas ?

— Dondequiera que estéis, general, dijo Miguel, nuestro deber es acatarlas.

— Pues conduceme al instante con toda tu gente al Castillo Nuevo : tengo que comunicar á Schipani órdenes de la más alta importancia, é importa

mucho que llegue cuanto antes sano y salvo. En tanto, maese Donato...

— ¡Perdón! murmuró el *beccajo*, creyendo que el joven iba á pronunciar su sentencia de muerte. ¡Perdón! me arrepiento.

Pero Salvato, sin escucharle, prosiguió :

— En tanto transportaréis ese hombre á su casa, y cuidaréis que le asistan como su herida exige : eso le enseñará que hay hombres que combaten y matan, y gentes que asesinan y ahorcan ; pero como sus acciones abominables son contrarias á la voluntad del Señor, sólo asesinan á medias y no saben ahorcar.

Y sacando de su bolsillo un papel :

— Tomad, maese Donato, dijo, esa póliza de cien ducados como indemnización de los veinte que habéis perdido.

Maese Donato recibió los cien ducados con un aire melancólico, que daba á su rostro una expresión más grotesca que sentimental.

— Otra cosa y no dinero me habéis prometido cuando tuvieseis las manos libres, Excelencia.

— Es verdad, dijo Salvato, os prometí mi mano y á fuer de hombre honrado, hela aquí.

Maese Donato se precipitó á cogerla y la besó con efusión. Salvato se la dejó algunos segundos

sin que en su fisonomía se trasluciese la menor repugnancia, y cuando maese Donato la soltó :

— Vamos, Miguel, dijo, no tenemos tiempo que perder : carguemos los fusiles y al Catillo Nuevo.

Y se dirigieron al castillo seguidos de los lazzaronis liberales que acudieron á libertar al ilustre preso de los asesinos.

Cuando se dió á conocer Salvato en el Castillo Nuevo y supo que la noticia de su prisión se había esparcido por todas partes, pensó en Luisa y en la inquietud que tal rumor debió causarle ; pero esclavo de su deber, dió á Miguel el encargo de ir á tranquilizarla, mientras él concertaba con el Directorio los medios de comunicar á Schipani las órdenes del general en jefe.

Acogieronle los Directores con gritos de alegría al verle entrar. Habíanle creído muerto á manos de los lazzaronis. Quisieron felicitarle, pero él les cortó la palabra de este modo :

— Ciudadanos, no hay un minuto que perder ; aquí está la orden por duplicado de Bassetti ; leedla y procurad que se ejecute : si gustáis, yo mismo buscaré mensajeros que la lleven.

Asintieron los directores á la proposición, y guardando el duplicado de la orden, dieron la otra á Salvato, que bajó precipitadamente la escalera y

corrió á la estancia de Luisa, en donde de seguro había de encontrar á Miguel.

En efecto, Luisa le esperaba á la puerta, y en cuanto le apercibió, se abalanzó á él gritando: « ¡Salvato! » y cayendo en sus brazos palpitante y velados los ojos, desvanecida de emoción, repitió:

— ¡Salvato! ¡Salvato!

Ese nombre que en italiano significa *salvado*, tenía en los labios de la joven un doble sentido que conmovió hasta las últimas fibras del corazón del mancebo. Condujo éste en sus brazos á Luisa á su cuarto, donde, como suponía, le esperaba Miguel.

Y cuando la San Felice se repuso, cuando su corazón agitado recobró la calma y su razón pudo seguir el hilo interrumpido de sus pensamientos, le dijo Salvato:

— ¿Has dado las gracias al bueno de Miguel? Si no es por él, en vez de estrechar vivo entre tus brazos al que te ama, viviendo de tu vida y que se estremece al sentir tus caricias, estrecharías un cadáver que no podría volverte amor por amor.

— ¡No! continuó Luisa atónita, nada me ha dicho de todo eso, sino que habías caído en poder de los sanfedistas, y que tu valor y tu serenidad te habían salvado.

— Pues tu hermano de leche es un embustero;

yo me iba á dejar ahorcar como un imbécil; cuando... mira, en castigo, él mismo te ha de contar lo que ha pasado.

— Mi general, dijo Miguel, lo más urgente es llevar el despacho al general Schipani, y debe ser muy importante á juzgar por los riesgos que habéis arrojado para conseguirlo. Una barca espera vuestras órdenes.

— ¿Estás bien seguro de los que la tripulan?

— En lo humano; pero entre los marineros irá con disfraz Pagliucchella, de quien respondo como de mí mismo.

É impeliendo á Luisa hacia los brazos de Salvato, cerró tras sí la puerta, y bajó la escalera tarareando una canción napolitana.

CAPÍTULO XXI

La noche del trece al catorce

La noche del 13 al 14 extendió su manto sombrío sobre la playa cubierta de cadáveres y las calles empapadas en sangre.

El cardenal Ruffo había conseguido su objeto, encendiendo la guerra civil en el corazón de Nápoles, con su cuento de cuerdas y de la aparición de San Antonio.

El fuego había cesado en el puente de la Magdalena y en las playas de Pórtici y de Resina, pero fusilábase en las calles de Nápoles.

Los patriotas preferían salir á la calle á ser degollados en sus casas : por todas partes se batían, y Salvato se arrancó á los lazos del amor para volar al peligro, sirviéndose del pretexto de que le llamaba Miguel, el cual vino en efecto á participar que la barca se había hecho á la mar llevando el timón Pagliucchella.

— ¿Sabes, dijo Salvato, dónde están acampados Nicolino y sus húsares?

— En la Inmaculata.

— ¿Dónde está tu gente?

— Abajo, les he permitido comer y beber : ¿he hecho mal?

— No, al contrario, bien lo han ganado. Pero ¿los crees dispuestos á seguirte de nuevo?

— Hasta el cielo ó el infierno, á condición que les dirijáis una palabra por recompensa.

— Vamos, pues.

Y los dos descendieron á la sala baja, donde comían y bebían los lazzaronis.

— Muchachos, les dijo Salvato, ¿si estuviérais reunidos todos, cuántos seríais?

— De seis á setecientos por lo menos.

— ¿Dónde están vuestros compañeros?

— ¿Quién lo sabe? respondieron dos lazzaronis alargando el hocico.

— ¿Será imposible reunirlos?

— Imposible, no; pero difícil.

— ¿Será muy difícil si os doy dos carlinos por cada hombre que reunáis?

— No : eso ayuda mucho.

— Ahí van desde luego dos ducados por hombre, es decir que cada cual traerá diez compañero.

Estáis pagados de antemano por trescientos.

— ¡Eso se llama hablar! ¡A vuestra salud, general!

— Oye bien, Miguel, y haz al pie de la letra lo que te diga.

— Descuidad, mi general, no perderé palabra.

— Que cada uno de esos hombres reúna el mayor número de compañeros que pueda y tome su mando: daos cita en la calle del Tendero: una vez allí haced el recuento; si sois cuatrocientos, dividíos en cuatro bandas: si seiscientos, en seis: las partidas de cien hombres pueden hacer toda clase de resistencia en las calles, y vencer si están resueltos: cuando den las once en Castel Capuano, poneos en marcha arrastrando por delante cuanto encontréis hacia Toledo, y tirando algunos tiros para indicar dónde estáis. ¿Os parece difícil?

— Al contrario, muy fácil. ¿Marchamos?

— Todavía no. Tres hombres de buena voluntad. Al punto se presentaron.

— Los tres lleváis el mismo encargo.

— ¿Por qué tres, cuando sólo se necesita uno?

— Porque de los tres dos pueden ser cogidos ó muertos.

— Justo, dijeron los lazzaronis, en quienes el lenguaje firme é imperativo de Salvato, enardecía el valor.

— La misión que los tres lleváis es de llegar por el camino que os acomode al convento de San Martín, en donde están reunidos unos setecientos patriotas que Mejean no quiso recibir en San Telmo: diréisles que aguarden á las once.

— Se lo diremos.

— Á los primeros tiros que en su juicio salgan de vuestras filas, bajarán sin resistencia alguna — no están por ese lado los lazzaronis — y cortarán todas las callejuelas por donde quieran refugiarse en la parte alta de Nápoles los que nuestros compañeros lleven por delante. Cogidos así entre dos fuegos, los sanfedistas se encontrarán reunidos y amontonados en la calle de Toledo. Lo demás es cosa mía. ¿Has comprendido, Miguel?

— ¡Yo lo creo!

— Y vosotros, ¿lo habéis comprendido también?

— Perfectamente.

— Manos á la obra.

Bajaron el puente levadizo y salieron primero los tres emisarios y luego los demás á reclutar compañeros de armas.

Salvato tomó solo el camino de la Inmaculata, en donde estaban Nicolino y sus húsares: dióse á reconocer y entró á verle.

— ¡Ah! querido amigo, preciso es que seáis vos

para perdonar al que me ha despertado arrancándome al más delicioso sueño. Figuraos que soñaba ser el pastor Paris que acababa de distribuir las manzanas y que bebía néctar en compañía de la diosa Venus, que se parecía como dos gotas de agua á la marquesa de San Clemente. Dadme nuevas de ella si las tenéis.

— Ninguna; ¿y por qué razón he de tenerlas?

— ¿No teníais en el bolsillo una carta suya el día en que os asesinaron?

— Basta de broma: se trata de cosas más serias. ¿Podéis darme un caballo y un sable?

— Cuando queráis.

— En ese caso montaremos á caballo, yo con la mitad de los húsares y vos con la otra, subiendo cada cual por Porcia y el Largo del Castillo, y cuando lleguemos á los dos extremos de la calle de Toledo, al dar las doce de la noche, daremos una carga simultánea cada uno por su lado, y no nos ha de faltar que hacer.

— Convenido.

Mientras los dos amigos, como vemos, trataban de coger á los defensores del altar y el trono entre dos fuegos, pasemos el puente de la Magdalena y entremos en una casita de lindo aspecto, en la cual tiene su cuartel general el cardenal Ruffo.

Laz avanzadas de los republicanos se hallaban á tiro de bala de las de los sanfedistas.

Éstas se componían de calabreses que estaban furiosos, porque, á pesar de haber salido vencedores en el ataque y explosión del fuerte de Vigliana, se consideraban como vencidos ante la heroica muerte de sus enemigos.

Así es que, viéndose á cincuenta pasos escasos del fuerte del Carmen, se propusieron en secreto apoderarse de él sin autorización de sus jefes. Acogióse la proposición con entusiasmo, incorporándose los turcos á los calabreses. Éstos debían hacerse dueños de las casas circunvecinas que dominaban el castillo, haciendo fuego á sus defensores; los turcos debían asaltar las murallas.

Púsose el plan inmediatamente en ejecución. Como la víspera había sido día de fatiga, los habitantes de las casas, rendidos al sueño, fueron degollados sin defensa, y empezó el fuego contra el castillo, matando á los patriotas que corrieron al muro á los primeros clamores de alarma, y los turcos se enseñorearon de la fortaleza derramando arroyos de sangre, poniendo en fuga á algunos de los defensores que se dispersaron por la ciudad.

Al oír tan nutrido tiroteo, creyó el cardenal que los republicanos le atacaban; disponíase á enviar

gente que se cerciorase del caso, cuando turcos y calabreses, ebrios con su triunfo, vinieron á participarle que eran dueños del castillo. Era una gran nueva : inatacable ya en su posición, el cardenal podía amenazar con las piezas del castillo á Marinella y el Mercado Viejo, y dió el mando á fray Pacífico. Al mismo tiempo le anunciaron haber apresado una barca que salió del castillo Nuevo para Granatello. El patrón de la barca llevaba un billete. Compareció ante el cardenal respondiendo á la primera palabra que aquél le dirigió, con una contraseña peculiar á los criados de la familia Ruffo, especie de salvo-conducto en los trances difíciles :

La Málaga es siempre Málaga.

La misma palabra de pase había servido al cocinero Coscia para darse á conocer en el campamento de los rusos y llegar hasta el cardenal. En efecto, su barca, tripulada por seis remeros, pudo pasar á cierta distancia y también pudo el patrón arrojar al agua la carta, á no haber estado en connivencia con el del cardenal.

El oficial sanfedista á quien tan fácilmente la entregó, era Scipión Lamarra, quien llamado ante el cardenal, confirmó las declaraciones del patrón

ya libre con la palabra de pase con la princesa Campana, hermana del cardenal, contraseña que tenían cuantos representaban el papel de patriotas.

Pero anunció al cardenal que el coronel Miguel, que le había enviado á Granatello, había apostado en la barca un hombre suyo, que era su teniente Pagliucchella. Al caer la barquilla en manos de sus perseguidores, Pagliucchella se había arrojado al mar sin volver á aparecer. Este detalle no llamó la atención del cardenal, quien pidió la carta interceptada, que decía :

EL GENERAL BASSETTI

AL GENERAL SCHIPANI, EN GRANATELLO.

« La suerte de la República exige que se dé un golpe decisivo destruyendo en una sola acción á todos los bandoleros hacinados en el puente de la Magdalena.

» Por lo tanto, mañana al oír tres cañonazos del Castillo Nuevo, dirigiréis vuestro ejército sobre Nápoles. Una vez en Pórtici, pasaréis á cuchillo cuanto encontréis por delante. Entonces los de San Martín harán una salida de consuno con los del castillo del Carmen, del Castillo Nuevo y los del Huevo. Mientras los atacamos por tres puntos dife-

rentes y de frente, os arrojaréis sobre la rataguardia del enemigo exterminándole. En vos tenemos toda nuestra esperanza. — Salud y fraternidad.

» BASSETTI. »

— Y bien, dijo el patrón de la barca al ver que el cardenal leía segunda vez la carta : *¿la Málaga es siempre Málaga, Excelentísimo señor?*

— Sí, hijo, respondió el cardenal, y voy á probarlo.

Y volviéndose al marqués de Malaspina :

— Marqués, le digo, que den á este mozo cincuenta ducados y una buena cena. Las noticias que nos trae lo merecen.

En seguida el cardenal escribió á de Cesare, en Pórtici, que no perdiese de vista á Schipani, y le envió un refuerzo de trescientos calabreses y cien rusos.

Tomó de Cesare sus medidas en consecuencia, previendo que el despacho interceptado podía tener un duplicado que, para desgracia de Schipani, recibió éste poco después.

CAPÍTULO XXII

La jornada del catorce de Junio

Pagliucchella se había arrojado al mar al sospechar que el coronel Miguel había colocado mal su confianza en aquella gente : como era buen nadador, avanzó por debajo del agua hasta cierta distancia, y llegó sano y salvo al Mole y de allí al Castillo Nuevo, á la una de la mañana, á la sazón en que Salvato volvía cubierto de heridas, aunque leves, y con el sable mellado, como prueba de la valerosa lucha que había sostenido.

Al ver á Pagliucchella empapado en agua y saber lo que había pasado, se olvidó de sí mismo pensando sólo en parar el golpe enviando otro mensajero con el duplicado del despacho.

Personóse Salvato, cubierto de sangre y destrozado, ante el Directorio, que tenía sesión permanente, y contó primero que, con ayuda de Nicolino y de Miguel, había sofocado el levantamiento de Nápoles,